

principalmente cuando es poderosa, podria ser te hiciese desmayar el ánimo.

Divertirás tu espíritu por medio algunas ocupaciones buenas y loables, porque estas ocupaciones, entrando en tu corazon y tomando en él lugar, rechazarán las tentaciones y sugeriones malignas.

El principal remedio contra todas tentaciones grandes ó pequeñas, es el desplegar el corazon y comunicar con el maestro y padre espiritual nuestras sugeriones, sentimientos y aficiones; porque la primera condicion que el espíritu maligno pone con el alma que pretende engañar, es del silencio, como hacen los que quieren engañar á las mujeres y á las doncellas, que al primer envite las defienden no digan nada ni comuniquen sus proposiciones á los padres ni á los maridos. Pero al contrario, Dios en sus inspiraciones pide sobre todas cosas las comuniquemos con nuestros superiores y confesores.

Y si despues de todo esto la tentacion persevera en inquietarnos y perseguirnos, no debemos hacer otra cosa sino perseverar tambien de nuestra parte en la protestacion de no querer consentir; porque, como las doncellas no pueden ser casadas miéntras dicen de no, así el alma, aunque alborotada, no puede jamas ser ofendida miéntras, tambien dijere de no.

No disputes con tu enemigo ni le digas jamas una sola palabra, sino sólo la que nuestro Señor le respondió, con la cual quedó confundido: « Vete léjos de mí, Satanás: tú adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás. » Y como la mujer casta no debe responder ni una sola palabra, ni aun mirar la cara del atrevido que la solicita y propone alguna deshonestidad, sino ántes, volviéndole las espaldas al mismo punto, debe volver su corazon hácia su esposo, y ratificar la fidelidad que le ha prometido, sin embebecerse en otra cosa; así la devota alma, viéndose asaltada de alguna tentacion, de ninguna manera debe embebecerse en disputar ni responder, sino simplemente volverse hácia Jesucristo, su esposo, protestándole de nuevo su fidelidad, y el ser para siempre toda suya.

DE LA MILAGROSA VIDA

DEL BIENAVENTURADO

FRAY TOMÁS DE VILLANUEVA,

de la órden de San Agustin, arzobispo de Valencia.

CAPÍTULO PRIMERO.

Nació el bienaventurado don Tomás de Villanueva en la villa de Fuenllana, en el campo de Montiel, el año de 1488. Fué hijo legitimo de Alonso Tomás García, de los hijosdalgo más principales de Villanueva de los Infantes, y deudo y pariente de las más nobles familias de aquella tierra. Llamóse su madre Lucía Martínez de Castellanos; de quien no sólo heredó la hacienda, sino la virtud y misericordia con los pobres, creciéndola en el lugar que con tanta razon admiramos; pues en otro cualquier hijo fuera esfuerzo lucidisimo de la virtud continuar tan aventajada caridad, no aumentarla como el Santo hizo. Con su nacimiento se recobró la salud en todo el partido, á quien Dios nuestro Señor castigaba con pestilencia; pues el dia de su nacimiento cesó la peste en Villanueva de los Infantes, donde en mayor concurso de gente estaba apoderada más lastimosamente. Y en memoria y agradecimiento de tan gran beneficio, el aposento donde nació con este santo niño la salud á todos, está venerado y lo ha estado siempre, con tal olor, que atestiguaba la asistencia del cielo, que hubo á tan glorioso nacimiento.

Su abuelo de parte de madre se llamó García de Castellanos, hombre de tan piadoso celo y tan liberal y generoso con los

pobres, que á sus decendientes desheredó de la hacienda y mejoró, dejándoles en su lugar este ejemplo de distribuirla. Premióle Dios con lograrle de manera este intento, que Alonso Tomás García y Lucía Martínez de Castellanos, padres del bienaventurado don Tomás de Villanueva, siendo de los más hacendados de aquella tierra y valuándose su hacienda por más de sesenta mil ducados, pareció mientras vivieron que procuraban volver á Dios más que les daba, por la limosna; haciendo tantas diligencias por empobrecer, enriqueciendo los pobres, que si Dios con inmensa largueza no les aumentara la hacienda milagrosamente, no dejaran ni tuvieran posesiones ni muebles que dispensar á su hijo. Criaban los ganados para dar el fruto y esquilmo á los pobres; y con esto eran pastores y padres de los pobres, que son las ovejas de Cristo. El trigo de su cosecha prestaban á los labradores pobres; no lo vendían á los mercaderes, haciendo preciosa para sí la necesidad ajena: pues el mal año no le hace tanto la falta del agua como la falta de caridad en los ricos y en los prelados, que de la hambre de los pobres hacen el precio de sus cosechas. Si el año era bueno, por ser ellos mejores que el año, daban gracias á Dios de que habia dado con abundancia para todos; y si era malo, le daban gracias porque les habia dado á ellos trigo, cuando á los demas habia dado necesidad y miseria. Adelantábase tanto la necesidad á pedirles y ellos á socorrerla, que no tenían los pobres lugar ni necesidad de hablar por sí. No hace del todo bien quien espera á que el pobre le importune: aquel paga, y no da. La voz del pobre que pide lo que le falta, á quien le sobra, ejecucion es, mandamiento trae, á cobrar viene. Era tan venerada en Villanueva de los Infantes la virtud y santidad de Lucía Martínez de Castellanos, que cuando venian soldados á alojar en la villa, los padres, medrosos de alguna libertad y licencia en las costumbres de los bisoños (que piensan que en el desgarró y descompostura y inquietud está el miedo para el enemigo, y en el jurar la mayor diligencia para la vitoria), — enviaban sus hijos, doncellas y los niños á que se abrigasen con su santa oracion y recogimiento en casa desta señora.

La crianza del santo niño fué digna de tales padres, pues desde la cuna no vió ni oyó otra cosa que ejemplos de mise-

ricordia; y así pudo decir que creció con él. Su madre, en lugar de las voces mal formadas con que los niños se regalan ó piden alimento, le enseñó á decir *Maria*, nombre que desde los labios le enamoró de suerte el corazón, que no gorjeaba con otra palabra. Negocióle esta ternera de la Virgen nuestra Señora tan favorecidos regalos, que no permitió que accion señalada de su vida sucediese sino en día de festividad suya: en el día de su presentacion al templo fué presentado este glorioso Santo en el templo, y tomó el hábito de San Augustin; y en la fiesta de nuestra Señora de las Nieves dió su consentimiento para aceptar el arzobispado de Valencia, despues de haberle rehusado, como se verá; en el día de su glorioso parto dijo la primera misa; y en el día de su nacimiento murió en Valencia, año de 1555, en edad de sesenta y siete años.

Pusieron cuidado sus padres en que aprendiese á leer y á escribir, y enviáronle á la escuela, donde á su maestro y á los otros niños enseñó modestia y virtud; pues fueron tales sus veras y entereza y religion, que sólo en el número de los años se conocia su edad. Tenia por dijes de niño y por juguetes la imitacion de los oficios divinos, haciendo altares, ordenando procesiones, haciendo púlpitos de las sillas, predicando con las costumbres la doctrina que aun no cabia en su lenguaje. Pedia con gran cuidado el almuerzo; y advertida su madre en la solicitud con que le pedia algunos días, más de una vez le hizo seguir, y halló que le llevaba á los pobres, á quien daba los libros. Y no teniendo más de siete años, dos veces vino desnudo de vestidos y vestido de Dios, por haber dado sus ropas á un pobre, de que igualmente se holgaban el pobre y los padres del santo niño; volviéndole á vestir de prestado, pues de todo lo que tenia y traia y le daban sus padres, no era más tiempo dueño del que tardaba en tener dello necesidad algun pobre. En esta edad, donde la inocencia tiene abrigada la virtud y fortalecida contra los halagos del mundo, se enamoró de la penitencia de suerte, que se cerraba á tener oracion y diciplina, acompañando su ternera con silicio: lo que vino á noticia de su santa madre por advertencia de una criada que, aliñando el aposento donde tenia su cama, halló escondida la diciplina, con testimonios de que la ejercitaba por devocion lo que bastara á ser penitencia de sus culpas. Sintiólo con aficion

de madre, estimólo con el conocimiento que tenia de su inclinacion; y admiróse, viendo cuánto se adelantaba la mortificacion á los peligros de la naturaleza. Con sus padres intercedia por los pobres; y en la limosna que ellos hacian, socorriéndolos con trigo y otras cosas, ponía los ruegos por tomar parte en todo lo que fuese caridad y misericordia.

Murió su padre; y en poca edad, habiendo ido á Alcalá á estudiar, quedó por amparo de su casa. Vino á consolar á su madre, que admitió alivio de su soledad con ver en el temor dél, celo del servicio de Dios. Dejóle su padre unas casas principales en Villanueva, y el santo niño luego dijo á su madre que sería bien enviar á su padre al otro mundo las casas que le habia dejado, para que despues de muerto viviese en ellas; y que esto, siendo cosa tan nueva, se podia hacer dándolas para hospital de pobres, pues no le habia, y ocupando su madre su viudez en servirlos; y que desta manera gozaria lo que habia dejado, y podria pasar consigo á la otra vida sus casas. Hizolo así la madre, y hoy en dia es hospital la casa, donde vive su memoria arrimada á su caridad. Lucía Martinez de Castellanos asistiendo á los pobres pasó su viudez, obrando Dios por ella infinitos milagros, creciendo el trigo en sus trojes, multiplicando las telas que gastaba en vestir los pobres, y sanando con la señal de la cruz muchas enfermedades desesperadas del remedio humano.

Volvió el Santo á proseguir sus estudios en Alcalá, donde en letras y virtud se aventajó de suerte, que asegurados de que su modestia tenia muy léjos la vanidad, los predicadores públicamente en los pulpitos decian á los estudiantes que por qué no imitaban y seguian los pasos y manera de vivir de Tomás de Villanueva. Leyó un curso de artes, donde tuvo por discípulos los más doctos hombres que ha tenido España en todas facultades. Últimamente fué colegial mayor en el insigne colegio de San Ildefonso, adonde entre los varones excelentes, desde su tiempo está advertida su vida y su doctrina, para memoria y lustre de aquella universidad.

Llegó en estas cosas la voz de sus grandes partes á Salamanca, y fué solicitado con cudicia de aquella universidad, donde le ofrecieron por claustro la cátedra de moral. Por mostrarse reconocido á la demostracion de aquella universidad,

fué á Salamanca y leyó tres liciones; y en la postrera, donde fué oyente el retor, leyó aquel misterioso salmo *In exitu Israel de Aegypto*, despidiéndose del siglo con las palabras de David, pues á otro dia tomó el hábito en el convento de San Agustín. Diósele el padre fray Francisco de la Parra prior del dicho convento, hombre insigne en santidad y letras, uno de los muchos que ha producido aquel religiosísimo convento. Entró en la religion el año de 1516 en 24 noviembre, y profesó año de 1517 en 23 de noviembre, dia de Santa Catarina mártir; como consta de su profesion, que va en la *Historia*.

Este es el nacimiento maravilloso de nuestro Santo. Sus padres tales, que merecieron tener por hijo á quien hoy la Iglesia por excelencia llama padre de los pobres. Esta es la razon anticipada á la niñez, y la inocencia la paz de perfeccion admirable. Esta, la mocedad asegurada, y que conociendo lo que valen las horas, hizo logro de los instantes, y supo poner precio al tiempo. Estos fueron los estudios encaminados á verdadera sabiduría, sin presuncion ni vanidad, que tuvieron por premio y dieron por fruto al santo estudiante conocimiento tan severo, que supo despreciar los títulos vulgares de las letras, y poner en la sagrada religion de san Agustín en salvo sus vigiliias y trabajos.

CAPÍTULO II.

CÓMO SUPO SER SÚBDITO, Y ENSEÑÓ Á SER SUPERIORES. DE SUS MILAGROS Y PREDICACION.

Pasó el año del noviciado con tal ejemplo en todas virtudes, con tanta humildad y obediencia, que siendo novicio era maestro de profesos. Acabado el año, luego fué hecho catedrático de teología: cosa que es de gran consideracion en aquel convento, donde siempre han resplandecido varones insignes en letras y santidad. Y un año y medio despues que profesó, le hicieron prior del propio convento. Y se debe ponderar por particular prerogativa, que á san Juan de Sahagun, habiendo sido catedrático de teología ántes de tomar el hábito, no le hicieron prior hasta pasados cinco años despues del noviciado.

Y habiendo rehusado el ordenarse de sacerdote, pareciéndole que no era capaz de tan alta dignidad, al fin se ordenó en edad de treinta y dos años; y cantó la primera misa el día primero de Navidad. ¿Quién duda que considerando aquel día la venida del Señor en Belén, y la despedida en la Cena, no mezclaría el gozo del parabien con lágrimas por su despedida? Jamás celebró, que al decir aquellas enamoradas palabras: *Quia per incarnati verbi mysterium*, no llorase con tal afecto y devoción, que sin ser más en su mano, enternecía los oyentes.

Después de profeso fué más novicio que ántes en la obediencia; y después de superior se preció más de súbdito: entendía como se debe entender la profesión y los estatutos; pues profesar un religioso no es para dejar de ser obediente y sujeto, sino para empezar á serlo con obligación y voto. Ser superior no ha de ser dignidad, autoridad, descanso ni diligencia; sino trabajo y cuidado de ser tal, que mande más y primero con el ejemplo que con las palabras; que los religiosos obedezcan su vida, ántes que sus órdenes; que se trate de manera, siendo superior, que enseñe á ser súbditos á los demás. Esto hizo nuestro Santo de manera, que su cama era tal, que para no dormir no era menester otra diligencia sino reclinarse en ella. Su vestido era limpio, pero tan modesto, que edificaba á los otros más que le servía á él. Dormía muy poco, por dar todo el tiempo á la oración, teniendo en los oídos aquellas palabras que dijo Cristo en el huerto á sus tres discípulos: «Velad, no entréis en tentación.» Su comida era un ayuno continuado, entreteniéndole con ella la vida, no satisfaciendo el cuerpo. Amó el silencio con tal extremo, que nunca se detuvo en corrillos ni conversacion de otros religiosos ni seglares, si no fuese tratando de caridad ó de obediencia, enseñando, ó consolando algún afligido. Su recogimiento fué tan santo, que entre la gente, estaba en el desierto. Mortificábase en salir de su celda, en dejar sus libros. Alimentábase con la oración: decía que el buen religioso orando estudia, y estudiando ora. Molestas le eran las ocasiones que le sacaban del convento. Llamaba peregrinación el caminar por la ciudad. En las enfermerías asistía, diciendo que era la zarza, donde en espinas y fuego estaba Dios escondido. Era con su santidad y diligencia, medicina y alivio de los enfermos; estudiaba en ellos el co-

nocimiento de nuestra flaqueza, y eran sus enfermedades librería de su desengaño.

Repartía su vida y los negocios della, y los de su alma en cinco puestos: en el altar, celebrando; en el coro, donde negociaba con la oración; en la celda, donde recogido se tomaba cuenta á sí propio, y se ensayaba para la postrera, desembarazando con este exámen cotidiano el postrer día; en la librería, donde estudiaba para poder aprovechar á los que tuviesen necesidad de doctrina, y servir á la Iglesia católica y á su religión; en la enfermería, donde ejercitaba la caridad. Todos los demás lugares decía que le eran cautiverio y prisión, y que no le importaban; y que estos eran patria donde descansaba su espíritu. Y si no fuera por la obediencia, fué tal su recogimiento, que aun de la puerta por donde entró en el convento no se acordara. Decía que la ciudad y las calles no habían de ser paseo para los religiosos, sino peregrinación; y que en los religiosos el visitar no había de ser correspondencia ni cortesía, sino obediencia, caridad y celo. Si había en su casa alguna disensión, trabajaba por componerla. Era la paz en todas partes donde se hallaba. Era consuelo para todos los que tenían necesidad dél, y el maestro de los que deseaban aprovecharse. Fué prior en Búrgos, Valladolid y Salamanca; y en todas estas ciudades y conventos aprovechó con su doctrina, admiró con sus milagros y edificó con su vida. En Búrgos halló con alguna relajación las cosas del convento, y en gran necesidad la casa; y reformó lo que tocaba á la religión de suerte que hoy se conservan sus estatutos y reformaciones. En cuanto á la necesidad ordinaria del convento, milagrosamente lo remedió; de suerte que la devoción que toda la ciudad tenía con el bendito Santo fué tan grande, que nunca se vió aquel convento más bien socorrido de limosnas. Y estando (como he dicho) la casa empeñada, algunas que daban de cantidad considerable, las repartía en pobres avergonzantes y hospitales. Murmuraban esto algunos religiosos, no alcanzando el celo y intención de nuestro Santo; y como lo supiese, por enseñarlos y atajar el escándalo, los mandó juntar, y les dijo: «Yo doy lo que la devoción desta ciudad nos da, á los pobres; porque los seglares no entiendan que, codiciosos, buscamos sus haciendas para nosotros y por

nuestro provecho, y dén crédito á que sólo tenemos codicia de sus almas. » Con esto lo apaciguó. Era tan grande su autoridad en todas partes, que su ruego acabó negocios de venganza, que se negaron á los hijos y á los padres. Cuando pasaba por las calles se arrodillaban todos, mortificando grandemente su verdadera humildad. Siendo prior en el convento de Valladolid, sucedió aquel caso tan sabido de los caballeros Lasos, que por un delito condenó á degollar el Emperador; tan indignado con ellos, que habiéndose juntado los grandes todos y pedidole el perdón, y viendo que se les negó; y hecho los deudos suyos y grandes tan apretada diligencia con el príncipe don Felipe, que se arrodilló á su padre y se lo suplicó; y habiéndosele negado á su hijo heredero, — persuadido de la caridad por ruegos de los parientes el Santo al Emperador perdonase. Á quien aquel glorioso príncipe respondió: « Hágase luego lo que pedis; á vos, fray Tomás, no os puedo yo negar nada, conociendo que sois enviado del cielo por ministro de la caridad y misericordia.

Fué predicador de su majestad del Emperador; á quien oía con tanto gusto, que le tenía ordenado avisase dónde predicaba, porque quería oírle siempre que pudiese. Avisó que predicaba un día en su casa en Valladolid; y el César, codicioso de oír al Santo, fué muy temprano; y á esperar la hora del sermón se entró con los grandes en el claustro, diciendo al portero: « Decidle á fray Tomás que estoy aquí, que baje. » Fué el portero, y respondió con él el Santo á la majestad Cesárea que estaba estudiando; que si había de predicar, que no podía bajar; y que si bajaba, no predicaría. Pareció á los que acompañaban al Emperador despego y descortesía, y diéronlo así á entender, obligando á que su majestad dijese: « Á mi me ha edificado lo que á vosotros os ha escandalizado; y quisiera yo mucho que todos los predicadores y religiosos fueran tan desasidos de la vanidad y tan despegados de la grandeza, como fray Tomás. »

Tuvo espíritu tan encendido y razones tan eficaces, que dice el maestro Porta que imperiosamente y con potestad movía los corazones. Muchas veces con el fervor y la devoción, arrebatado del celo apostólico, le vieron elevado en el púlpito, y esperó la gente con atención y reverencia á que volviese. Hizo milagros tan grandes, que referirlos fuera crecer en gran volumen este cuaderno. Predicando hizo milagros en la dureza

de las almas, en la obstinación de los odios, en la porfía de los deseos, en la golosina de la codicia. Con la conversación hizo milagros, disponiendo distraimientos, y restituyendo los sentidos á hombres y mujeres enajenados de la razón por las persuasiones del apetito. Hizo milagros con las palabras, con la misa, con las cartas, con las manos, librando del demonio á muchos, sanando enfermos sin esperanza de remedio. Dió vista á ciegos y piés á tullidos; resucitó dos niños, uno con llegar á su sepultura, y otro echándole encima tierra que tomaron della, en señal que la caridad vive en aquellas reliquias, para resucitar los muertos. Tuvo don de profecía; con que se adelantó á la maña de los perdidos, anticipando los avisos á las ofensas de Dios, y disponiendo con facilidad diseños que, por otro camino corrieran, sin estorbo á perdición y ruina de los pueblos y ciudades donde vivía.

Dos veces fué provincial; y la postrera envió á las Indias á predicar en Méjico aquellos valerosos soldados de Cristo (que tanta parte fueron de la conversión de aquellas provincias con sus vidas, doctrina y milagros), fray Cristóbal de San Martín, fra y Pedro de Pamplona, fray Juan Cruzate, y por caudillo el santo fray Jerónimo Giménez; á quien el Santo profetizó el fruto que hicieron, prometiéndoles de orar siempre por ellos, lo que ellos conocieron en los sucesos y confesaron por las cartas que se verán en la *Historia*. El año de 1541, en el capítulo que se celebró en Toledo, quiso el padre Siripando, general de la sagrada religión de San Agustín, hacerle provincial; y con este deseo, y el de ver tan santo religioso y tan docto, le mandó llamar. El Santo, sospechando ó entendiendo que le quería poner en esta dignidad, se excusó y entretuvo; de suerte que llegó cuando ya era fuerza estar electo provincial. Y consolóse con verle, recibiendo con aquellas palabras de la Virgen á su Hijo: *Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus, et ego dolentes quaerebamus te*. Y el afecto y reverencia con que este reverendísimo general le tratase, conócese de las cartas que le escribió, certificando no venía á España con otro deseo mayor que el de ver tan santo varón. Fué el padre Siripando napolitano, caballero de seso, arzobispo de Salerno por ruego y merced de Carlos V, y creado cardenal por Pio IV para concluir el concilio de Trento, donde murió; y está enterrado en el convento de la orden de San Agustín.

¡ Oh gran varon, en quien tantos dones suyos juntó el Espiritu Santo, que por tantos trabajos, estudios y vigias, á fuerza de méritos, anduvo repartido por todos los cargos de la religion; pues fué tres veces prior, dos provincial, tres catredático, una de filosofia, otra de moral y otra de teologia; predicador del emperador Carlos V y consultor de los más grandes negocios que se trataban en sus reinos; en quien Dios atesoró tantas grandezas y misericordias, para que su caridad las comunicase y repartiese con liberalidad en socorro de las necesidades y trabajos.

CAPÍTULO III.

DE CÓMO RENUNCIÓ UN ARZOBISPADO Y ACEPTÓ OTRO : CÓMO FUÉ ARZOBISPO SIN DEJAR DE SER FRAILE Y CÓMO FUÉ POBRE Y PADRE DE POBRES.

Fué amante tan amartelado de la observancia y retiramiento de su religion y su celda, que desdenaba, no sólo con desprecio sino con asco, las dignidades y cargos. Estando la majestad Cesárea en Toledo en las casas del conde de Melito, vacó el arzobispado de Granada; y sus méritos, opinion y santidad y letras, que no se apartaban jamas con solicitud verdadera de los oidos y memoria de aquel soberano príncipe, le propusieron para esta vacante con tal afecto, que conociendo ser solicitud del cielo por aquellas ovejas suyas, le nombró y hizo mereced de aquella iglesia. El santo don Tomás, con el conocimiento que tenia de la paz de la religion y de la seguridad de la celda, y del cuidado que requería el negocio propio de su alma, y que para su salvacion se había menester todo, renunció el arzobispado con humildad tan reconocida, que edificó al Emperador, en vez de desabrirle; y dejando el oficio, se mostró más digno dél. Muchas diligencias se hicieron para que acetase, y á todos despondia con modestia y humildad, culpando su insuficiencia; y mostrándose poco capaz de tan gran puesto, decia á todos: « Cayendo y levantando voy con el poco peso de mi religion y este hábito; y veo vacilar mis fuerzas con sólo el cuidado que me tengo en esta correa. ¿ Cómo queréis que me atreva á re-

partir lo que en sí es tan poco y apenas basta para mí, con tantos? » Con estas cosas los predicaba, los respondia, se excusaba, y daba á conocer la condicion de los oficios, y cuánto pone sobre sí quien los admite, y cuánto arriesga quien los pretende. Hicieronse mayores diligencias con censuras, para que acetara; mas no fué posible, por ser el Santo provincial entónces, la segunda vez que lo fué; y por el estado de los negocios, no ser posible diferir la eleccion en prelado para las necesidades de aquella iglesia.

Despues, el año de 1544, renunció el arzobispado de Valencia don Jorge de Austria tio del Emperador, y fué promovido por la santidad de Paulo III á la iglesia de Legi, en Alemania. Dióse cuenta al César, que se hallaba en Flándes, desta renunciacion; y luego su memoria que sólo atendia á proponerle semejantes varones, lisonjeando su celo con estos recuerdos, le puso delante á nuestro santo. No puede tener ningun ministro cerca de sí el buen príncipe que tan de importancia le sea como memoria solícita de los méritos y cuidadosa de los justos y santos. Esto es ministro que Dios puso tan adentro en todos, que está avecindado en el alma, y cuando los reyes tienen fuera de sí y permiten que otro hombre haga el oficio que Dios encargó á su memoria, achacosa tienen la voluntad y no con buena salud el entendimiento. No lo hizo así el glorioso Emperador, con quien dos veces hemos visto negociar su memoria en distancia que pudiera borrarla ó entretenerla. Despachó correo al príncipe don Felipe su hijo, que estaba en Valladolid, con cédula y nombramiento deste arzobispado de Valencia en persona de nuestro santo. Era entónces prior del convento de Valladolid. Envióle á llamar, y dijole cuánto se holgaba, por el aprovechamiento de aquella iglesia, que su padre le hubiese nombrado arzobispo de Valencia: que en aceptarlo haria á su majestad servicio y á él placer. Dió las gracias á su majestad con alegría y reconocimiento, y dijo: « Señor, si yo me hallara capaz de poder hacer el servicio de Dios como conviene, hiciera á costa de toda mi inquietud este servicio al Emperador nuestro señor, aceptando este arzobispado; mas hombre de pocas fuerzas en cargo semejante no sirve sino de embarazarle. Yo, que conozco mi insuficiencia, y de mí puedo saber para lo que soy, certifico á vuestra alteza que no soy para estos puestos. Y así, le suplico promueva á esta Iglesia uno de muchos

que en las religiones y universidades bastan á gobernarse á sí y á otros; que yo soy para mí tan grande república, que gasto la vida en pedir á nuestro Señor me enseñe, esfuerce y socorra para la administracion que de mí mismo me encargó. » Edificóse su alteza de oírle; y cada palabra con que renunciaba el cargo era un mérito nuevo para hacersele tomar por fuerza. Tornóle á replicar que lo mirase bien, y convenia aceptase el arzobispado. Tornó á decir que las cosas de su alma las tenia miradas con la postrera resolucion, y que estaba determinado á no aceptar. Fué, y tras él el comendador Francisco de los Cobos y el Condestable y otros muchos, persuadiéndole y importunándole que aceptase. Despidiólos con agradecimiento del celo que mostraban y la honra que le hacian. Fué al convento el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo, á quien despidió con la propia resolucion.

¡Cuánto mejor les están estos desdenes á las mitras que las solicitudes y diligencias! Viendo el príncipe don Felipe que no era posible derribarle de su propósito, escribió al Provincial, que entónces estaba en Toledo, ordenándole con encarecimiento, por convenir á su servicio y al de aquel reino de Valencia, compeliése con censuras á fray Tomás de Villanueva á que acetase luego el arzobispado. Hizolo así el Provincial, poniéndole excomunion mayor, *trina canonica monitione premissa*. Acetó por no incurrir. Fué consagrado en Valladolid en el convento de san Agustin por el cardenal Tavera. Fué luego á Valencia, tan como arzobispo que no queria dejar de ser fraile, y tan como religioso que tenia por más estrecho estado el de arzobispo á que habia ascendido, que se fué con sólo un fraile compañero, que se llamaba fray Juan Rincon, y un mozo de á pié. ¿Cómo se podrá pasar en el libro de la postrera cuenta á los obispos y arzobispos, por los contadores de Dios, la partida de los frutos de la Iglesia que se habian de gastar en almas, pobres y necesidades, y se han gastado en mulas de acompañamiento, coches y literas? Bien lo entendió nuestro santo de otra suerte; que fué á ser tesorero de la hacienda de los pobres, no dueño y señor. Recibióle el reino y la ciudad con grandísimo contento y demostraciones; y el cielo le hizo el recibimiento que más pudo desear, que fué socorrer con agua en abundancia la tierra, que estaba perdida de ma-

nera, que entró haciendo una limona general de agua á los sembrados y á los pobres, para quien apénas el buen año es bueno. Tomó posesion luego, acompañado de toda la ciudad y canónigos, y la primera estacion que le dictó la misericordia fué ir á visitar las cárceles eclesiásticas; y viendo unos calabozos muy húmedos, hondos y oscuros, preguntó que si habian tenido allí algun clérigo. Respondiéronle que para eso se habian hecho. Mostró sentimiento, y mandándolos terraplenar, dijo que de otra manera y con otros medios más decentes á la órden sacerdotal pensaba advertir á los clérigos sus travesuras; y que nunca los delitos para el castigo le olvidarían de la dignidad, para disponer el modo que con más efeto y decencia conviniese. Tratábase con tanta humildad y pobreza, que los canónigos y todo el cabildo determinó de servirle con cuatro mil libras para que pusiese su casa y adornase su persona. Lleváronselas don Jerónimo Carroz y don Honorato Pellicer y otros canónigos. Recibiólos con grande reconocimiento; y sin detenerlas una hora en su poder, las mandó llevar para que reedificasen el hospital general, que poco ántes se habia quemado. Y dijo á los prebendados: « Yo no he sabido estimar mejor este regalo que empleándole en la cosa de mayor necesidad para los pobres desta ciudad, y así todos tendremos parte y gozaremos deste dinero: los pobres albergándose, yo viéndolos socorridos, y el cabildo socorriéndolos. ¿Cuánto mejor es fabricar la casa á los pobres y en ellos á Cristo, que adornar la mia, cuando no me es lícito ni necesario adorno que sólo sirve de vanidad, ni puedo mudar de traje ni de trato, pues la mitra sólo me obliga á nuevo cuidado de otras almas, no á gastos excusados; pues Dios ni el Papa ni el Emperador no me encargan palacios ni colgaduras, literas ni coches, sino ovejas tuyas? » Con estas razones dió gracias á los canónigos por el presente, y ejemplo con el modo de distribuirle.

Visitó luego todas sus iglesias, y se partió á predicar en todos los pueblos de su diócesis, por pequeños que fuesen.

Vivió con tanta pobreza siendo arzobispo, que por muchos años anduvo con el hábito que profesó, roto y remendado; los jubones entretenia mudándoles las mangas; él propio se aderezaba; y tenia hilo y agujas, para ahorrar gastos que pudiese excusar con sus manos á la hacienda de los pobres. Los que

son cristianos con melindre más que con fervor, tendrán esto por indignidad y excusado ahorro; mas no lo entendió así san Pablo, cuando despidiéndose de sus ovejas, protestando la integridad de su oficio, dijo que sus manos le dieron de comer á él y á los que con él estaban, como se lee en los *Actos de los apóstoles*. Aquellas son manos de obispo católico y verdaderamente padre de los pobres y pastor de sus ovejas, que reparten entre los pobres la hacienda de los frutos de la Iglesia; que trabajando excusan gastos y vanidad, tan culpable en los prelados. De dos camisas que no podían servir, hacia una que servía de silicio. Dos veces se vistió de nuevo, y fué del paño más barato que halló en Valencia; y la última vez anduvo con un remiendo en las espaldas tan grande, que movió á los canónigos y cabildo á suplicarle se tratase como arzobispo en su persona y su casa, de manera que le conociesen por tal. Respondió que el ser arzobispo entendía él que era para tratar bien á los pobres y mirar por ellos, y no por sí; que le dijese el hábito que, siendo pobre fraile y arzobispo, administrador de hacienda ajena, podía traer; que por darles gusto le traería. Convencidos con su respuesta, replicaron que por lo ménos trujese el bonetillo de raso. Esto hizo; y con una risa muy humilde, puesto sobre la mesa, le señalaba y decía: «Veis allí mi arzobispado.» Quiso comprar un jubon; pidióle el oficial tres ducados por él, y le dijo: «Llevaldo á vender á quien pueda gastar tanto dinero en su persona: que con tres ducados puedo yo vestir un pobre de piés á cabeza, y á mí no me está bien jubon que cueste más de ocho ó diez reales.» Habiéndole persuadido un amigo se vistiese de raja, y viendo que era más cara que el paño basto de que se vestía, le dijo: «Compradlo vos, que sois señor de vuestra hacienda y os la dió el Señor; que yo de la hacienda de los pobres no puedo gastar más de lo que bastare á cubrirme con honestidad y sin costa el cuerpo.» En la comida era tan abstigente, que cosa regalada ni de precio no la consentía traer á casa. Su cama era de campo, la madera de su color, las cortinas de bocaci, la cuadra colgada de esteras delgadas, sin otra cosa. Servíase con barro; tenía unas cucharas de plata para los que alguna vez convidaba, que las más era limosna, por ser á pobres y necesitados.

Tuvo, como hemos referido, don de profecía y poder sobre los demonios tan grande, que libró con la oracion infinitas personas de espíritus que se habían defendido á los exorcismos y diligencias. No dificultaba sus puertas con porteros ni las escondía con cancelas. Paseábase en la primer sala: en viendo al pobre le salía á recibir; si estaba ocupado con personas graves y via algun necesitado, con los ojos le hacia señas y le halagaba. Sentaba á todos consigo: dejaba de comer por acudir á los que le habían menester. Muchas veces venían á buscar á su visitador, y le topaban en la escalera ó en el paso; y desconociéndole por la miseria y pobreza de su traje, le preguntaban por su visitador, y él iba y se le llamaba, y los guiaba. Solía estar en visita de noche sobre algun negocio con alguna persona grave, y al irse la visita, por falta de pajes, tomar el candelero propio, y salía alumbrando. ¡Tanto estaba mortificado, y tan poco atendía á la pompa en que piensan que consiste la dignidad los que tienen los obispados por premio de servicios y trabajos; siendo trabajo, que pasado bien merece mayor premio!

Recelándose la cristiandad de la armada con que el turco bajaba á estas costas, y habiendo advertido á su majestad del Emperador, y habiendo por algunos avisos los de Ibiza temido venía á apoderarse de aquella isla, pidieron á su majestad los ayudase para hacer un fuerte y ponerse en defensa. El Emperador, conociendo el riesgo manifiesto y peligro que se seguía á todas las costas de España, trató de hacerles este socorro; y por estar empeñado con las continuas guerras y gastos, envió á pedir por el Virey á fray Tomás le diese de las rentas del arzobispado veinte mil ducados para socorrer á Ibiza. Respondió el Santo con aquella apostólica libertad, que Dios nuestro Señor no le había encargado á Ibiza, sino los pobres de Valencia. Sintió esta respuesta el Virey por despegada, y advirtió al Santo que podría sentirse della el Emperador; y respondióle: «Pesárame de desabrir á su majestad; pero advierto á vuestra excelencia (y enseñósela) que aun me acompaño de la llave de mi celda, y cada día el arzobispado me crece los deseos de retirarme á ella.» Y mostróse en esto tan buen tutor y padre de los pobres, que por concierto sobre libranzas acetadas le prestó diez mil ducados, que se cobraron luego. No sé cómo leerán este suceso los que usan de otra ma-

nera de las rentas eclesiásticas. No castigaba los delitos de los eclesiásticos tanto con las cárceles y grillos como con su ejemplo. Llamaba á unos; y despues de haberles con gran blandura reprehendido su pecado, cerrado con ellos se azotaba de suerte, por su satisfacion y enmienda, que castigados y confusos y arrepentidos volvian á sus casas á ser ejemplo á los otros. Ordenaba, cuando llamaba á alguno para reprehenderle, que sus ministros viniesen tan apartados dél, que no pudiese nadie notar si venia preso, por evitar el escándalo, y amparar la reputacion de los sacerdotes. Fueron infinitos los casos que castigó, empezando por sí mismo, sin querer que la disciplina ni la pena pasase de su persona, negociando con su penitencia la enmienda de las culpas ajenas.

Conoció sus parientes cuanto bastó para mostrar que se honraba con los que en mayor miseria via; más se holgaba con los que por más desvalados en más humilde estado le podian mortificar. Vino su madre á verle; no quiso que entrase en Valencia, por excusar las visitas forzosas de señoras que vendrian á honrarle. Recibióla en una aldea cercana; ibala á ver, acarióla, y lo más presto que pudo la envió á Villanueva, pareciéndole que las visitas le embarazaban y divertian de su oficio. Vinieron, llamados de la dignidad y de la mejora de estado, muchos parientes suyos con disinio de alcanzar parte de la renta y volver ricos. Recibialos con grande caridad y amor, regalábalos hospedándolos en su casa (hospedaje que tenia más de devocion que de comodidad, por lo poco que cuidaba destas cosas), y á dos ó tres dias les decia que le dicesen con qué fin habian venido. Declarábanle su pretension, y luego les daba por respuesta que nunca fué más pobre que agora, pues no tenia por suyo sino el cuidado de repartir á pobres la hacienda que Dios le encomendó. Valianse desto, y decíanle que, pues era hacienda que se habia de dar á pobres, que entre los que lo eran tenian mejor lugar, con más razon, sus hermanos y madre. Y á esto con gran terneza, y no sin lágrimas, les decia: « Esta hacienda es de los pobres de acá, donde se cogen los frutos; vosotros sois pobres del reino de Toledo. Arzobispo tenéis, que os dará vuestra hacienda; que yo no puedo quitarla á los pobres cuya es, por darlo á los que no les toca por el repartimiento de la Iglesia, ni en eso puedo dispensar

yo. » Alargábase á darles tasadamente para volverse, encargándolos que no se cansasen otra vez y desengañasen á los demas parientes, que unos lo eran del Santo y otros se hacian deudos del oficio. Ni hay cosa que más parentela acarree que la prosperidad, pues por ella se enlazan descendencias que nunca se pudieran por otra suerte mezclar. Este modo de excusarse con sus parientes repitió muchas veces; y creo que nunca accion más apostólica ni respuesta más severa dió ninguno de los que en la Iglesia de Dios han preciádose de tutores de los pobres.

Nunca quiso dosel ni sitial en la Iglesia, ni se revistió sentado, ni tenia pontifical si no se le prestaba la Iglesia, ni cáliz en su capilla propia. Cuando visitaba el arzobispado celebraba con los ornamentos de las pobres aldeas. No se detenía en estas ceremonias y ornatos, que no pasan de lo exterior; su cuidado estaba atento en el remedio de las almas, y desto no le divertia ninguna cosa.

De casa salia pocas veces á recreacion, y á espaciarse ninguna. Decia que era persona pública y que aventuraba mucho en faltar un punto; pues aquel instante podia ocurrir necesidad, que por su ausencia, ó careciese de remedio ó se difiriese. Su conversacion no duraba más que lo necesario; porque si alguno la queria llegar á entretenimiento, le decia: « En este negocio no son necesarias más razones, y el tiempo no es nuestro sino cuando lo sabemos aprovechar. » Y con esto se retiraba, y despedia con advertencia el negociante. ¡ Oh monstruo de santidad, que supiste merecer los cargos, y despreciarlos y servirlos; á quien fué martirio la mitra, afan el arzobispado, la renta necesidad, los pobres hijos, y la grandeza, y dignidades mortificacion: tan santo, que supiste fortalecer la ciencia y doctrina de humildad; tan docto, que bastaste á asegurar la doctrina y estudios con los tesoros de la misericordia; tan rico, que socorriste todos los pobres; tan pobre, que tu desnudez, ni parientes no participaron de tu riqueza, porque acudiste ántes á la parentela del Padre soberano, que está en el cielo, que á la multitud, que se llega á los buenos sucesos de la fortuna; solicitando el premio de los trabajos desta vida para la patria, que es el cielo!